y que hay arte nuevo. El contraste es como si lo buscase un refinado crítico.

He alabado nuestra casa todo lo que merece, y confieso que causa una impresión solemne de grandeza,—grandeza melancólica. La vida, la vida real y presente, lo que no se traduce en recuerdo ni epopeya, falta allí en absoluto. No cabe mayor intimidad con *lo que fue*, ni más total y desdeñoso divorcio de *lo que es*. Jamás nos hemos envuelto en nuestro manto de terciopelo y oro, ni hemos calado el chambergo de plumas con más romántica indiferencia.

—Hermosa casa, pero vacía—dicen unos.—Este cuarto se alquila—exclaman otros.—Han venido los carros de mudanza—oigo repetir á los españoles que vagan por aquí como almas en pena.—Y un patriota susurra indignado:—Nuestros obreros, para tomar notas, han tenido que pedir papel y pluma en el pabellón de los Estados Unidos.....

¡Sino eterno de España! En el Palacio nuestro, el Palacio del pasado, sólo encuentran atmósfera propia Carlos V y Boabdil.....

VIII

LA CASA DEL TRANSVAAL

Esta y la de España—incluyamos también la de China—son las que encierran un drama histórico que no les pasa inadvertido á la mayoría de los visitadores. Esta y la de España se completan por su misma oposición.

Mientras España con su arrogante palacio campea en lo más brillante y aristocrático del recinto, el *Quai d'Orsay*, y en punto céntrico de la calle de las Naciones, el Transvaal, modesto y sin jactancias, arrinconado casi, se refugió en el Trocadero. Y sépase que el Trocadero es la leonera de la Exposición. Allí ha ido á parar, si no lo que zozobra, al menos todo aquello que no tenía colocación airosa ni fácil, principalmente lo ultraexótico. No es que falten en el Trocadero curiosidades, como la Exposición de arte retrospectivo japonesa; es que domina la nota colonial, las instalaciones de

países relegados á los confines de la tierra, que por un instinto de orgullo, heredado de los romanos, calificamos de *bárbaros* y *salvajes*, aunque á alguno se le pueda ocurrir devolvernos la cortesía.

Revueltos y apiñados conviven en el Trocadero esos japoneses llenos de brío, que en todos los terrenos *vienen pegando*, y esos chinos mañosos y reposados, semejantes á precoces viejos, tengan la edad que tengan; esos egipcios que más parecen murcianos ó valencianos, y que desplegan, al extender las telas bordadas de oro, la visión luminosa del Oriente, y esos indios de ojos largos y tez anaranjada, y esos javaneses alojados en un templo búdico, única representación que aquí han enviado los Países Bajos; esos negros que hacen centinela, inmóviles, arma al brazo, ante el poderío colonial francés, y esos rusos asiáticos que con la paciencia y el amaneramiento de artistas del siglo XI, iluminan sobre fondo de oro las santas *iconas*; esos colonos portugueses, de Cabo Verde, las islas Azores y la Madeira, que dejan á disposición del público abiertos los sacos de cacao para que cada cual se lleve la cantidad que se le antoje, y esos isaguas de Argelia que tragan brasa y se cortan las mejillas á vista del curioso; esos tunecinos que sirven en sus zocos un café denso y negruzco, y esos haitianos pescadores de perlas; tantos pueblos, en fin, diversos, raros, que nos muestran lo mejor que pueden y saben, su arte, sus industrias, sus moradas, sus creencias, sus

diversiones, y que, no obstante, dicen poco ó nada á nuestro espíritu, después de recrear los ojos con la nota pintoresca. La emoción misteriosa, el sacudimiento de las fibras, la explosión de humanidad y de cólera hermosa, sólo se experimenta en los edificios é instalaciones de la república transvaalense.

Frente por frente á las colonias inglesas—terrible simbolismo debido á la casualidad,—no lejos de aquella estatua de la reina Victoria, que ha sido preciso defender y resguardar porque diariamente se leían en su pedestal inscripciones dignas de Pasquino ó Marforio, aparece el Transvaal, que ocupa buena porción de terreno, y aun no toda la que quisiera; mucha más había solicitado. El arte, con sus dulces refinamientos; el lujo, con sus egoístas sugestiones de molicie y vicio, se hallan proscritos de la exposición boer. Yo le llamaría á esta sección la sección espartana. Sólo respiran en ella el acatamiento á la ley del trabajo y el amor á la libertad.

Recordemos las incomparables tapicerías de oro y seda, las armas damasquinadas y nieladas que decoran el palacio español, y consideremos el sencillo palacio transvaalense, no falto de elegancia en su traza, exclusivamente consagrado á lo útil, y fiel demostración de lo que produce la comarca. Allí vemos que ese país, desconocido hasta que le echó la zarpa el codicioso leopardo, está cruzado de ferrocarriles y posee una instrucción pública esmerada y general. Todo está presentado con ese

método y esa clasificación científica que revela la seriedad de la intención. No se ha buscado el color local ni la extrañeza. Las curiosidades cafres, los ídolos, el original piano hecho con calabazas y trozos de madera, vinieron para enseñar, no para asombrar ni divertir. Ningún pabellón más limpio que el del Transvaal. Proscrita la suciedad que de *patina* se disfraza. Bruñida, clara, aséptica, ha pasado por él la civilización.

Cuando pensamos que al país lo despedaza una guerra, guerra tan larga que ya no preocupan sus vicisitudes, guerra de invasión, la más perturbadora, casi imaginamos soñar al encontrar tanto orden, tan arreglada muestra de la marcha que se sigue en la paz. La realidad, sin embargo, la realidad triste, salta á los ojos en la salita del piso bajo, destinada á las recepciones oficiales. Imposible dar un paso; la muchedumbre se atropella, y mientras los demás pabellones se hallan medio desiertos, aquí se hace cola, un cuarto de hora largo. Y no es que estas paredes encierren ninguna maravilla artística ó científica, que de esas está llena la Exposición; no es que se admire ningún invento colosal, ni ningún alarde de riqueza fabulosa. No es ni siquiera que regalen chocolate, refrescos ó bizcochos... La multitud se empuja, ansiosa de contemplar un busto de yeso. Verdad que ese busto, ancho de pectorales, enérgico y rudo de facciones, reproduce la cabeza del presidente Krüger.

Llegado por fin nuestro turno, nos paramos

delante de la efigie. El delegado del Paraguay, don Matías Alonso Criado, que me acompaña, se descubre respetuosamente. Alrededor ondea ese murmullo sordo, exaltante, de indefinible entonación musical, que traduce la simpatía y el entusiasmo. El busto desaparece entre ramos de flores y coronas, las coronas y ramos se ocultan bajo una nevada de tarjetas, la mayor parte escritas, cubiertas de frases de ternura, elogios, esperanzas, protestas, maldiciones, contra el *perro grande*, Rhodes... Hay cartas dirigidas al busto; hay poesías; hay cuanto inspira á una nación como Francia el sentimiento de la justicia y la santa indignación ante el abuso de la fuerza.

Del Palacio pasamos á la granja boer. Humilde granjita, con sus paredes de tierra, su sala-cocina, sus pobres lechos, sus groseros utensilios. Nadie visitaría esta rústica vivienda, perdida entre los centenares de bonitas y ricas construcciones que en la Exposición sobran, si el nombre mágico de *boer* no la realzase. Y es lo cierto que no hay manera de revolverse allí: ni un momento cesa la aglomeración de visitantes. Si cabe, mayor es en la granja la efusión de simpatía. Como que en una de las habitaciones, sobre una repisa de madera, convertida en capilla por la piedad, campea el retrato del coronel de Villebois Mareuil, muerto gloriosamente al servicio de la causa. Los norteamericanos le llaman, en encomiástica dedicatoria de su homenaje, "el Lafayette del Africa del Sur". Y las flores embalsaman el aire, y se

hacinan las coronas de perpetuas, y el gentío se para, mostrando veneración. Nadie ríe, nadié se encoge de hombros. Aquel lugar es sagrado.

Al Transvaal pertenece también la sección donde puede verse cómo se extrae, lava, trabaja, funde en barra y acuña en monedas el mineral aurífero... Ahí duele, dirán los ingleses; por ahí viene la muerte, diría Echegaray. A no haber aparecido en el país boer "los tesoros que encierra en cada entraña", no se cebaría en él la mayor codicia de la Roma moderna. Hay drama, sí, en la Exposición, al parecer tan apacible, del Transvaal. Esas minas subterráneas, donde el cafre arranca el oro en su ganga nativa, saciando nuestra curiosidad, son el comentario del busto abrumado de flores, envuelto en cartas y tarjetas que componen un himno. Por eso las minas entristecen el corazón, lo oprimen de angustia, y por eso el colosal brillante, el mayor del mundo, que hace soñar á las parisienses—el brillante boer,—me pareció, al verlo en la sección de joyería, una enorme lágrima cuajada en las pupilas de un titán por el dolor de la pérdida de la independencia,—el mayor bien de la vida para los titanes.

IX

LA ALIMENTACIÓN ESPAÑOLA

DIME lo que comes y te diré quién eres. Después de haber visto la casa de España, enterémonos de lo que presentamos al mundo en materia de productos alimenticios. Del alimento se forma la sangre, y de la sangre la energía. ¿Qué comemos los españoles? Oigamos la respuesta de nuestro pabellón de alimentación, que próximo al de Andorra y Liberia, y confinando con el de Austria, acabo de encontrar ahora mismo.

Si atendemos á sus dimensiones, habrá que creer que los españoles comemos dos veces más que los otros pueblos. Si al lujo y suntuosidad de la instalación, se inferirá que comemos mejor y más suculentamente que ninguno. En efecto, nuestra *alimentación* ocupa doble espacio que cualquiera de las restantes, y se aloja en un fastuoso edificio de arquitectura